

**Sábado XXXIII del TO  
Ciclo A**



25 de noviembre de 2023

1Mac 6, 1-13

Sal 9

Lc 20, 27-40

*P. Eduardo Suanzes, msp*

En el Evangelio, estamos ya en Jerusalén. Ha terminado la subida desde Galilea, que ocupó diez capítulos. Ya ha narrado Lucas la entrada solemne y la purificación del Templo. Sigue la polémica con los dirigentes. Los saduceos que tenían su bastión en la ciudad, entran en escena.

El saduceo era más un partido político que religioso. Estaba formado por la aristocracia laica y sacerdotal. Preferían estar a bien con la Roma ocupante y no poner en peligro sus intereses. Sólo admitían el Pentateuco como libro sagrado. Tampoco admitían las tradiciones como norma de conducta religiosa. No creían en la resurrección. Se acercan a Jesús con la polémica en su intención. Dado que los fariseos sí creían en la resurrección querían que Jesús se pronunciara sobre este espinoso asunto.

Pero Jesús, una vez más, no responde a la pregunta un poco absurda que le hacen. ***Responde a lo que debían preguntar.***

Jesús ha sido siempre muy sobrio al hablar de la vida nueva después de la resurrección. Sin embargo, cuando este grupo de aristócratas saduceos trata de ridiculizar la fe en la resurrección de los muertos, Jesús reacciona elevando la cuestión a su verdadero nivel y haciendo dos afirmaciones básicas.

Antes que nada, Jesús rechaza la idea pueril de los saduceos que imaginan la vida de los resucitados como prolongación de esta vida que ahora conocemos. Es un error representarnos la vida resucitada por Dios a partir de nuestras experiencias actuales. Y somos también pueriles nosotros cuando tratamos de imaginar el cielo porque no tenemos ninguna experiencia de nuestros sentidos que nos induzca a ello. Es como querer que una computadora nos efectúe el cálculo de una operación matemática sin haberle introducido los datos. Del mismo modo, no tenemos ningún dato sensible, ninguna experiencia que nos permita imaginar el cielo. Podemos imaginar una montaña de oro, aunque no exista, porque tenemos la experiencia del oro y de la montaña. Pero del cielo, no hay experiencia de los sentidos objetiva. Que eso es lo que intentaban imaginar los saduceos al trasladar la experiencia del mundo a la experiencia de la eternidad.

Hay una diferencia radical entre nuestra vida terrestre y esa vida plena, sustentada directamente por el amor de Dios después de la muerte. Esa Vida es absolutamente «**nueva**». Por eso, la podemos esperar pero nunca describir o explicar.

Las primeras generaciones cristianas mantuvieron esa actitud humilde y honesta ante el misterio de la «vida eterna». Pablo les dice a los creyentes de Corinto que se trata de algo

que *«el ojo nunca vio ni el oído oyó ni hombre alguno ha imaginado, algo que Dios ha preparado a los que lo aman»*<sup>1</sup>.

Estas palabras nos sirven de advertencia sana y de orientación gozosa. Por una parte, el cielo es una *«novedad»* que está más allá de cualquier experiencia terrestre, pero, por otra, es una vida *«preparada»* por Dios para el cumplimiento pleno de nuestras aspiraciones más hondas. Lo propio de la fe no es satisfacer ingenuamente la curiosidad, sino alimentar el deseo, la expectación y la esperanza confiada en Dios.

Esto es, precisamente, lo que busca Jesús apelando con toda sencillez a un hecho aceptado por los saduceos: a Dios se le llama en la tradición bíblica *«Dios de Abrahán, Isaac y Jacob»*. A pesar de que estos patriarcas han muerto, Dios sigue siendo su Dios, su protector, su amigo. La muerte no ha podido destruir el amor y la fidelidad de Dios hacia ellos.

Jesús saca su propia conclusión haciendo una afirmación decisiva para nuestra fe: *«Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos; porque para él todos están vivos»*. Dios es fuente inagotable de vida. La muerte no le va dejando a Dios sin sus hijos queridos. Cuando nosotros los lloramos porque los hemos perdido en esta tierra, Dios los contempla llenos de vida porque los ha acogido en su amor de Padre. Es verdad que nosotros lloramos a nuestros seres queridos porque, al morir, los hemos perdido aquí en la tierra, pero Jesús no puede ni imaginarse que a Dios se le vayan muriendo esos hijos suyos a los que tanto ama. No puede ser. Dios está compartiendo su vida con ellos porque los ha acogido en su amor insondable.

El rasgo más preocupante de nuestro tiempo es la crisis de esperanza. Hemos perdido el horizonte de un Futuro último y las pequeñas esperanzas de esta vida no terminan de consolarnos. Este vacío de esperanza está generando en bastantes la pérdida de confianza en la vida. Nada merece la pena. Es fácil entonces el nihilismo total.

Estos tiempos de desesperanza, ¿no nos están pidiendo a todos, creyentes y no creyentes, hacernos las preguntas más radicales que llevamos dentro? Ese Dios del que muchos dudan, al que bastantes han abandonado y por el que muchos siguen preguntando, ¿no será el fundamento último en el que podemos apoyar nuestra confianza radical en la vida? Al final de todos los caminos, en el fondo de todos nuestros anhelos, en el interior de nuestros interrogantes y luchas, ¿no estará Dios como Misterio último de la salvación que andamos buscando?

Según Jesús, la unión de Dios con sus hijos no puede ser destruida por la muerte. Su amor es más fuerte que nuestra extinción biológica. Por eso, con fe humilde nos atrevemos a invocarlo: *«Dios mío, en Ti confío. No quede yo defraudado»*<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> 1Cor 2,9

<sup>2</sup> Sal 25, 1-2